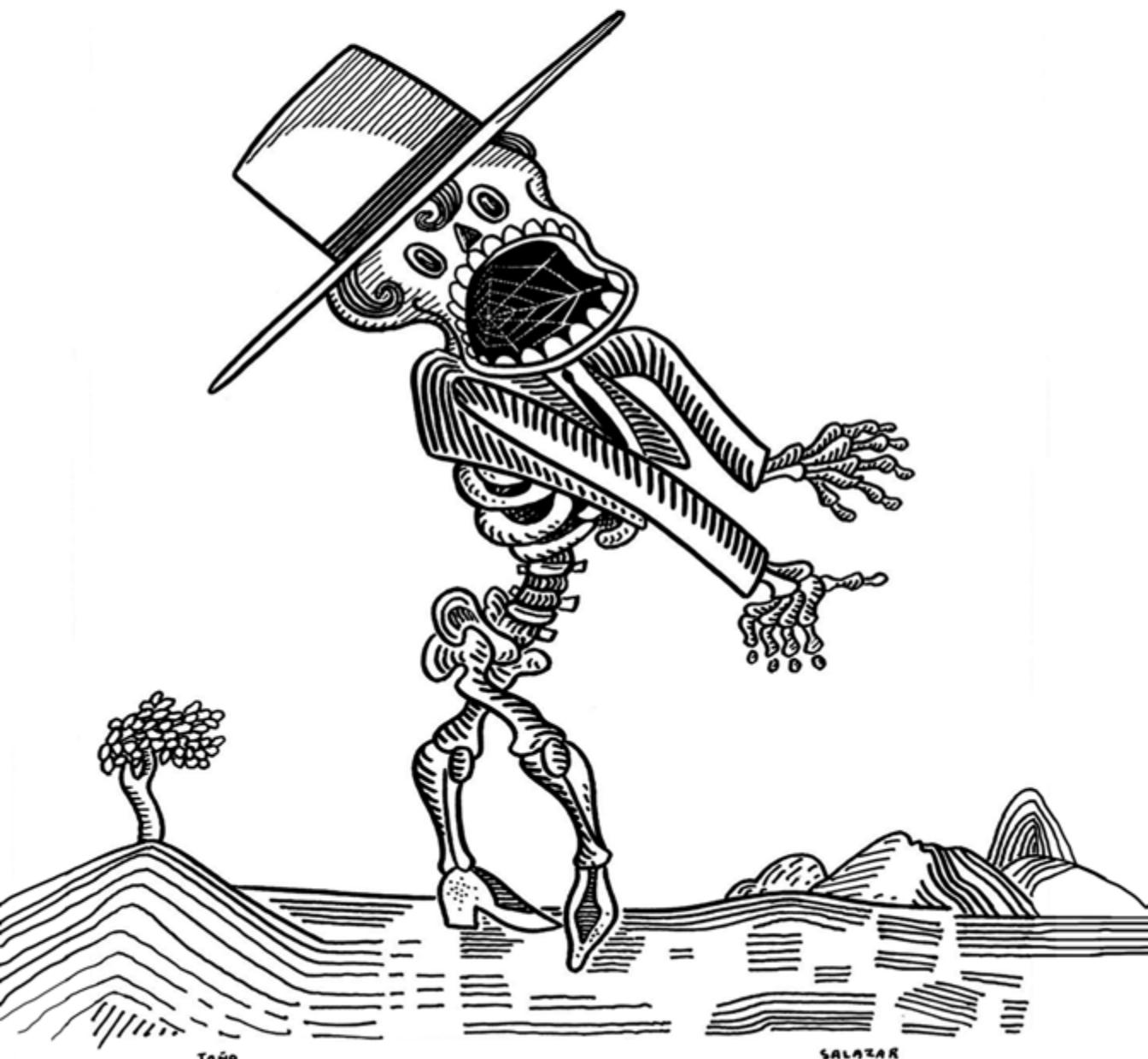


SEMOS MALOS

NELSON LÓPEZ ROJAS



TOÑO

SALAZAR

Editorial Universidad Don Bosco

© 2013

© López Rojas, Nelson, primera edición 2013

Apartado Postal 1874, San Salvador, El Salvador

Diseño: Melissa Beatriz Méndez Moreno

Hecho el depósito que marca la ley

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, electrónico o mecánico sin la autorización de la Editorial

ISBN 978-99923-50-48-5

Portada “Hoy en la boca de España crece una gran telaraña”, por Toño Salazar, 1949. Ilustración realizada para el libro de Rafael Alberti “Las coplas de Juan Panadero”. Usado con el permiso de la curadora Gloria de Santos.



Editorial
Universidad Don Bosco

Una sociobiomitografía póstuma en el país de la sonrisa.

Nelson López Rojas



"Amo a la Humanidad, lo que me revienta es la gente".

Susanita, la amiga de Mafalda.



Para Bella 

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los blanquiyos manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su cipote huían a pedazos en los picos de los «zopes»; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas tal vez para un sauce, tal vez para un pino...

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cicales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y desesperada, la «prima» lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron...

Uno de ellos se echó a llorar en la manga. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo barrioso, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

-Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño.

“Semos malos” en *Cuentos de barro* de Salarrué.

Lo mejor contra la tristeza es aprender algo. Es un remedio que no falla. Puedes hacerte viejo, con temblorosa anatomía; puedes yacer despierto por las noches, escuchando el desordenado rumor de tus arterias; puedes perder al único amor de tu vida, puedes ver el mundo a tu alrededor devastado por locos malvados, o advertir que seres mezquinos hundan tu honor en las cloacas. Sólo hay algo que mitigue estos pesares: aprender. Aprender por qué el mundo se mueve, y qué es lo que le impulsa. Estudia, eso es lo que te conviene. Mira todo lo que hay que aprender: la ciencia pura, lo más bello que existe. Puedes aprender astronomía en una vida, historia natural en tres, y literatura en seis. Y luego, una vez que hayas empleado un millar de vidas en el aprendizaje de la biología, la medicina, la teología, la historia, la geografía y la economía, entonces será el momento en el que puedas hacer una carreta con la madera adecuada, o podrás pasar cincuenta años aprendiendo a batir a tus adversarios con la esgrima. Luego, a empezar de nuevo con las matemáticas, y después será tiempo de que aprendas a arar.

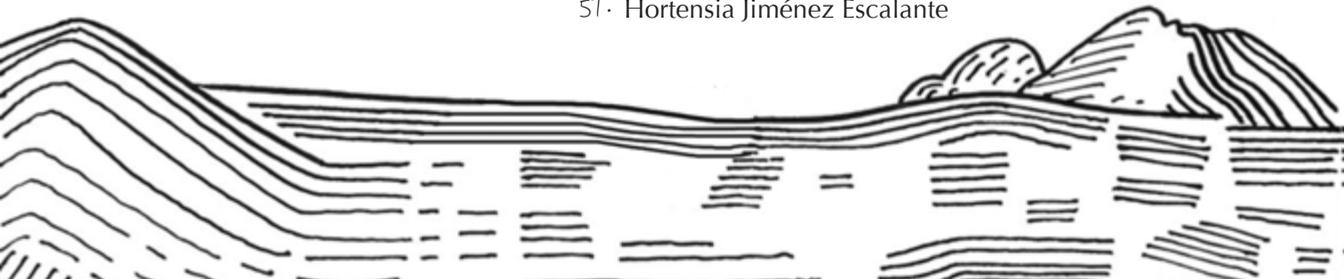
Camelot de T.H. White.

Contenido

- 1 · Prólogo por Nancy Bird-Soto
- 5 · Advertencia
- 7 · Semos malos: a modo de prefacio
- 9 · Semos vivos
- 10 · Semos brutos
- 11 · Semos haraganes
- 11 · Semos extranjeros
- 12 · Semos mentirosos
- 14 · Semos olvidadizos
- 15 · Mi biomitografía póstuma
- 16 · Mis pecados son todos míos
- 18 · Mami y papi
- 19 · El escape con boda
- 21 · La mansión
- 21 · La omisión
- 23 · La infancia
- 26 · Se cagó en los libros
- 27 · Los niños piojosos
- 27 · ¡Qué me calle!
- 29 · Golpes en mi infancia
- 29 · El mundial de Maradona
- 31 · “Antes de P y B se escribe M”



- 33 · El hermano Jimmy Swaggart
- 33 · Semos peliones
- 35 · El terremoto
- 37 · Semos de otro planeta
- 38 · El violador
- 39 · La nueva casa
- 40 · Jugando al amor
- 41 · La Kuki
- 42 · El Carnal
- 42 · Antonio Basilio Ramos Recinos
- 44 · Es que uno de cipote es tonto
- 45 · Mi primer asesinato
- 46 · Genealogía patriarcal
- 46 · Erwin, el hijo pródigo
- 48 · A los 11 sos un niño, a los 12 todo un hombre
- 48 · Semos vengativos
- 49 · El hermano pastor
- 50 · La viejita tilosa
- 51 · Robar por instinto
- 52 · Sacando la rata
- 53 · Sexto y sexto
- 55 · Hasta el tope
- 56 · Semos violentos
- 57 · Hortensia Jiménez Escalante



- 58 · Francisco Jiménez Escalante
- 60 · Mi otra familia
- 60 · Trabajo para no aburrirme
- 62 · Octubre todo lo descubre
- 63 · Año nuevo, vida nueva
- 64 · El benefactor
- 65 · A los doce los niños se vuelven hombres
- 67 · Mujeres
- 67 · De contadores
- 68 · V Juegos
- 69 · Instituto Nacional de Antiguo Cuscatlán
- 70 · Vendiendo amores
- 71 · De regreso a la ENCO
- 73 · El principio del fin
- 74 · Sacrilegio
- 74 · La universidad
- 75 · Kaibil
- 76 · El proveedor
- 77 · La negra
- 78 · De tal palo, tal astilla
- 79 · El empresario
- 80 · Semos pobres
- 80 · El error con una porción de remordimiento
- 83 · El amor a los pobres



- 84 · En el Cabriolet
- 85 · En la radio
- 86 · Semos pícaros
- 86 · Gallina que come huevos aunque le quemén el pico
- 87 · Producto de exportación
- 88 · Semos corruptos
- 90 · Meu Brasil brasileiro
- 91 · Una propuesta indecente
- 92 · Una maestría
- 93 · Milwaukee
- 94 · El día D
- 96 · Planes fallidos
- 97 · Penumbra
- 98 · El affair: nada que perder
- 100 · Dolores de parto
- 101 · Ni ella ni la otra
- 102 · Renunciación
- 103 · De regreso a la tierra
- 103 · “Mirá las nubes, se ven como un gran sorbete”



Prólogo

¿Seremos nada más que nubes impregnadas de recuerdos, proyecciones y el material de nuestro ambiente? Si lo somos, como gotas de lluvia fluyendo desde un mismo cauce de tradiciones y “maldiciones”, no podemos empezar sino desde lo colectivo, desde lo que nos hace llover y nos regresa al suelo de donde brotamos. Así comienza Nelson López Rojas el recorrido de *Semos malos*, obra narrativa que cataloga como sociobiomitografía, continuando así lo que escritoras como Audre Lorde y Dinorah Cortés-Vélez han explorado en pos de un entendimiento del ser tanto en su contexto como en el potencial de las posibilidades que se destilan de las memorias lanzadas al viento e inscritas en papel. Estamos ante un posible tratado sociológico, una sobria especie de diario extendido, una seria serie de postales que confeccionarían un bildungsroman.

En el texto de López Rojas, se manejan vidas, mitos y escritura para conjugar y conjurar vivencias. Se dibujan fugas de la imaginación y palabras como “machetes al aire” intentando rasgar el silencio de la página en blanco y narrar lo que hay más allá de la capa nubosa de una tarde en El Salvador o una mañana de invierno en Milwaukee. De tales manejos y (des) dibujos se crea el arsenal del que se vale el narrador de su propia historia, de su leyenda, de su legado. Éste, a su vez, detona dicho arsenal para traspasar la frontera construida a base de experiencias que lo marcan desde su niñez hasta preocupaciones por lo que les depara el porvenir a su país, a su hija, a él y a la humanidad. Es el (ana) cronista que intenta llegar al corazón de la pobreza, no solamente vivida en carne propia, sino desde su conciencia colectiva, pues se trata de la “pobreza de niños con estómagos grandes por las lombrices, esa pobreza de madres solteras con cinco o seis crías, esa pobreza de ancianos sin fuerzas para ir al río por agua para tomar...”. Con evidente soltura, el narrador nos cuenta de la violencia física relacionada a la guerra como también de la violencia sociocultural, soslayada pero honda, de los prejuicios raciales, prejuicios que irónicamente pululan sin impunidad por tierras latinoamericanas, las tierras del mestizaje, la hibridez y la tensión. *Semos malos* sin sermonear ni sentenciar expone la posibilidad de ser de otra manera, de ser desde el equilibrio en que se balancea la tensión.

Cual lazareto del final de los finales del siglo XX, el narrador de *Semos malos* relata sus andanzas por diversas chiripitas o chambitas para conseguir dinero cuando niño y adolescente al igual que sobre los hurtos cometidos, también, de manera adolescente. Se asoman amoríos, a

lo adivino y a lo muy bíblico, no sin descubrir que a pesar de lo indoctrinado, "...no todo era Biblia en el mundo." Pero lo seductor no le quita lo vulnerable: sobrevive un intento de violación que hubiera sido además pedofilia si se hubiera consumado. El sujeto que "semos" en plural, por su parte medra, aspira, sueña y sobrevive. Sin encomendarse a nadie, en buen plan cervantino se dirige al público lector y sin falsas modestias barrocas no titubea en jactarse de su facilidad para con la palabra. Ecos rubendarianos, julicortazarinos, así como atisbos de la cultura popular a lo Chapulín Colorado se pasean por la biomitografía como les da gusto y gana. Es una propuesta colectiva, desde la colectividad del ser salvadoreño que no se quiere esencializar, pero que se quiere entender y comprender, en contexto, para consigo mismo.

Más aún, nuestro narrador puede pasearse con amplia soltura entre memorias, destilando y columpiándose a veces entre lo que podría decir y lo que quisiera decir, porque tiene la gran ventaja de no tener nada que perder. O todo está perdido o todo está por ganarse. El yo que "semos" en la biomitografía que nos ofrece López Rojas está narrando desde un más allá, porque, según él, cual personaje amortajado de María Luisa Bombal, está muerto. Si se ha cedido la vida, qué queda sino apoderarse de la palabra que ya no se puede censurar. Y si se ha vencido la frontera de la censura, qué más apropiado que enfrentar todo lo que ha marcado la identidad propia: los prejuicios de clase y fenotipo, las instancias de violencia crasa, las pasiones y los mismos miedos que se camuflajan al dar saltos de todo tipo, incluso de fe.

De que en esos saltos hay giros donjuanescos, no hay duda, y éstos tampoco pasan desapercibidos. ¿Hombre latinoamericano, hombre salvadoreño estereotípico y a propósito? El narrador nos guiña el ojo y nos deja pensando. ¿Semos así, a lo masculinizante, por los siglos de los siglos de herencia colonial? ¿Qué media entre el ser individual y el ser del colectivo en nuestras "dolorosas repúblicas"? No hay mucho (más) que se le pueda pedir a un muerto. He ahí la astucia mayor del yo que es tanto como "semos" y que se enmarca a sí mismo dentro de su propia vulnerabilidad. Narrar desde un espacio de no-ser le hace a su vez post-partícipe del colectivo que le ha formado, lo que a su vez le permite superarlo sin despreciarlo. El post-donjuan no necesita de una amante que lo redima como en la versión romántica del susodicho mito como sucede en la versión de Zorrilla. Todo es cuestión de imaginación y de las nubes y de inyectarle la cantidad justa de "bio" y "grafía" al mito.

Todo es cuestión de una niña que no se hace inmune al azul del cielo en vuelo rumbo a algún lugar de Centroamérica cuyo nombre bien recuerda el biomitógrafo. Ese azul, al igual que el pulso del narrador quien se creía muerto, siempre habían estado presentes a pesar de los nubarrones literales, personales y políticos. Tal reconocimiento y la manera en que

la narrativa nos va llevando al mismo–tropezando entre vicisitudes, travesuras, traiciones y desengaños–es uno de los mayores logros de López Rojas en esta obra. De este modo, *Somos malos* reluce por la gama de matices que el narrador, con mesurada dosis de sigilo y perspicacia de pícaro, va esbozando. Lo hace hasta llegar a la máxima jactancia, si no vulnerabilidad, de quien se encuentra a sí mismo, dejando que otro–en este caso, otra: niña, fémina, hija–sea quien facilite la reconexión con todo lo posible, todo lo mágico.

Comencemos malos y síganle los buenos...

Nancy Bird-Soto
Autora de *Sobre la tela de una araña*

Advertencia

Hay que estar loco, definitivamente, como vos, Moya, para creer que se puede cambiar algo en este país, para creer que vale la pena cambiar algo, para creer que a la gente le interesa cambiar algo, me dijo Vega, ni siquiera once años de guerra civil sirvieron para cambiar algo, once años de matanza y quedaron los mismos ricos, los mismos políticos, el mismo pueblo jodido y la misma imbecilidad permeando el ambiente.

Horacio Castellanos Moya.

Al navegar sus páginas entenderás porqué Peter Pan no quería crecer y entenderás lo que Pepe Figueres, el presidente tico que abolió las fuerzas armadas, quiso decir cuando expresó “Aquí lo único que anda mal es todo”.

Este libro se escribió para levantar ronchas. Un tal Eduardo Lalo nos advirtió que “casi todos los libros hacen lo mismo, procurar que el tiempo se disuelva en las manos del lector”. Lo que tenés en tus manos no pretende personificar la maldad que nos aqueja a todos, no es culpar a todos de la crisis que corroe a nuestra civilización. El problema somos y no somos nosotros: así como hay buenos abogados, tortilleras, mecánicos y vendedores, también hay abogados, tortilleras, mecánicos y vendedores a quienes les *efervescen* las ganas de echarle zancadilla al prójimo. Semos malos critica al sistema que perpetuamos como cierto aunque sabemos que en realidad es un sistema deshonesto.

Este libro es un experimento sociológico, memorístico y de mitos. Recoge mis memorias, aunque las absurdas lagunas mentales que me aquejan me ataron a contar mi grotesco pasado con inocentes fallas de veracidad absoluta. Soy honesto dentro de mis posibilidades, digo la verdad, pero al fin y al cabo son mis verdades y las verdades que no se dicen no es porque sean mentiras, lo que pesa es el valor de las opiniones que se expresan.

Somos malos, sí. Y muchas veces, según nos convenga, los buenos se tornan malos y los malos se vuelven buenos. Pero también es cierto que somos más buenos que malos, pero el ser bueno no quiere decir no ser malo sino hacer algo para que los malos no sean tan malos... Finalmente, como dijo Silvio, si algún lector se viera retratado, sépase que se hace con ese destino.

Somos malos: a modo de prefacio

El arma más potente en manos del opresor es la mente del oprimido.
Steve Biko

Estos relatos acontecen en un país donde cada día se arrastran los cinco siglos de opresión que la independencia no abolió. Por cinco siglos hemos dormido con un ojo abierto, esperando que algo caótico pase. Por cinco siglos no nos hemos arraigado en un solo lugar porque entendemos que nada es permanente, ni siquiera la muerte nos libra de tal inseguridad. Inexplicablemente, llevo esos cinco siglos en mi espalda.

Todos se mueren en El Salvador, o soy de los que matan o de los que mueren, pero de algún lado tengo que estar. Las heridas que tengo siguen buscando cura y querer encontrarla en esta aldea es como querer que los perros tengan orejas verdes. Cuando uno muere, muere para siempre. En mi caso, si fuera gato le debería vidas a la vida, pero partiendo de la noción que no soy gato, entonces debe el lector suponer que la suerte ha estado del lado del escritor aún después de muerto. En vida viví mucho y mayormente disfruté de mi corta existencia. Pero disfrutar por disfrutar sin sufrir no es disfrutar, pero al menos hay que intentarlo. “En la salud y en la enfermedad, en la pobreza y riqueza” me dijeron en otro idioma, un idioma cuya gramática se resume en “12 items or less”. Vivía con calor, pero la muerte me encontró frío. Morí con la frialdad que produce la ignorancia y la complacencia ajena. Morí habiéndome sin el trabajo perfecto, ese con el que la gente sueña encontrar en alguna etapa de sus paupérrimas vidas. No el de la gasolinera lavando baños, no. Tampoco el otro donde tenía que saber de todo sin que me enseñaran nada y donde dejaba mis pestañas en cada movimiento de párpados.

Mi drama es el drama de millones de cuscatlecos desde la creación de nuestro país, sin mitos, sin leyendas, pues la veracidad es algo que nos hace falta. San Salarrué nos lo dijo hace 80 años y lo repito en estas líneas: somos malos, incluyéndome-nos-todos. En el 2013 se rumoraba entre los guanacos que ni para eso éramos buenos al saber que Honduras se agenciaba ese *ostentable* título

Ni las leyes de “mano dura” o “súper mano dura” pudieron parar la violencia que nosotros mismos generamos. Violencia que se combate con violencia, donde se les ordena a los agentes de seguridad que hay que dispararle hasta a las moscas... pero si un sabio amigo me

decía que hay que atrapar a las moscas con miel, no con vinagre; ¡mucho menos con balas! Al final, si se usan demasiadas balas para espantar a las moscas se termina disparándole al prójimo, al hermano y sin poder encontrar el basurero que causan las moscas.

Somos un país esnobista, monocultural, monoreligioso, monosexual, monolingüe. Somos los inventores de la intolerancia hacia todo lo que no nos guste: los indios güiyos del monte, los negros feyos, los chinitos del Japón, los protestantes *evangelios* y los terroristas *musulmanos*, los maricones y todos aquellos que no hablan una lengua que se entienda.

Somos un país donde impera el caos, la anarquía, la corrupción y sobretodo, la mentira y la deshonestidad. Claro está que es una situación arraigada en años de represión no solo del rico sobre el pobre, más bien se debería de generalizar como “opresión del que parece más poderoso sobre los más débiles” y viceversa. Los pobres no hemos sido ningunos santos, y al tener la oportunidad descargamos todo nuestro conocimiento de Galeano y de Robin Hood para vengarnos y expropiar a esos cuyo dinero lo han de haber ganado de forma ilícita, lo hacemos. Simplemente hay que pasar por los monumentos a don Cristóbal Colón y a la Reina Isabel con la cara macheteada en pleno centro de San Salvador para darnos cuenta del resentimiento acumulado. Asociamos lo malo del país a la prosperidad de las 14 familias o maldecimos a los gringos imperialistas o a esos malditos que nos dieron espejos por oro.

Los religiosos y los burgueses esclavizan y expropián al pobre de lo poco que les queda. Lejos quedan los años de los hacenderos que imprimían su propio dinero para pagarle al proletariado, y estos, sin saber mejor, tenían que usar ese dinero en las tiendas de los patrones. Lejos, parece. Todavía se usan tácticas similares, los empleadores pagan X más la comida, o X más el uniforme o X más la propina.

¿Por qué no nos enseñan a pensar tanto en las escuelas públicas como en las privadas? ¿Por qué se nos enseña a obedecer y a seguir una doctrina a ciegas sin cuestionar nada? ¿Será que no han estado dirigiendo como ovejas que hacen lo que el pastor les dice? Se nos enseña a memorizar los 14 departamentos (o 15, según aquel político), los próceres, los nombres científicos de las plantas y los elementos de la tabla periódica, pero nada práctico.

Lo que aprendí me lo enseñó la calle. Y después me exportaron con el TLC.

